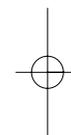




PATOS HEMBRAS



*Una puerta de madera maciza a medio abrir. Por detrás de la puerta los pasos de un hombre que pone una hora. El Padre.
Una mujer, la Madre, se sienta a la mesa.
El cuello de la mujer Madre está como mordido. Unas leves gotas de sangre que regularmente gotean sobre el mantel.
El Hijo baja la vista.
Las tres de la tarde. Escena familiar.*

LA MUJER MADRE DEL CUELLO COMO MORDIDO.—
Con voz llorosa

Mi espíritu desfallece
y mi consuelo es rezarte.
Yo sé que me escuchás
(desde allá).
Y me ves.
Porque aun acá veías todo.
Y sin embargo estabas acá
y todos,
hasta tu hijo,
a escondidas,
y siempre a escondidas,
todos,
sin que lo sospecharas,
hasta tu hijo,
te decíamos al unísono
“Avezota
AVE ZOTA...”
A escondidas
“Ave zota”
Hasta tu hijo.

LA MUJER MADRE DEL CUELLO COMO MORDIDO.—
Parpadea
El Hijo y El Padre también.
(Más de tres veces)

Ahora los tres comen. Todo es blanco. Mesa, platos, fuentes... Se oye el ruido de las cucharas en un ir y venir hacia ellos. Se oye el viento. No se oyen graznidos de patos.
(Posiblemente porque el viento sea demasiado fuerte).

Al fondo, un cuadro, una mujer con un corazón incrustado sobre el pecho izquierdo. Ambos gotean. Las gotas que podrían ser sangre o leche caen sobre la boca tensamente abierta de un hombre hijo, que se agarra a las rodillas de la mujer, casi como saliéndose por abajo, de la pintura.

El Hijo tira del vestido de la Madre reclamándole que el Padre cambie la hora del reloj. La Madre apenas insinúa con un brazo un movimiento circular que hace estremecer al Padre. El Hijo vuelve a bajar la vista. El Hijo estira la mano y podría tocar a su hermano. Si éste estuviese sentado a su lado. Pero no hay nadie más.

En el fondo hay un sofá. También debería ser blanco o parecerlo. En el sofá el Padre se recuesta y piensa en la hebilla que sostiene el peinado de su mujer. La hebilla había sido de la madre del hombre. El hombre, ahora el Padre, la recuerda un instante. La mujer Madre va hacia el sofá. También se recuesta. También piensa en la hebilla que sostiene su peinado. También piensa en esa otra mujer. La madre del hombre que es su marido. La madre del Padre.

LA MUJER MADRE DEL CUELLO COMO.—
se duerme sobre la mesa

EL PADRE.—
se duerme sobre la mujer.
Ambos sueñan que piensan

SUEÑOS DEL PADRE.—
Pienso... 1. un gladiador romano...
Pienso... 2. una pista de hielo cubierta de mujeres en trajes brillantes de patinadoras...
Pienso... 3. los malvones son ridículos.

(Pienso), un gladiador romano... un imperio en el pecho y la cabeza de hoja cubierta de metal escollante, un peto de pecho escaldado sin tos nunca pienso... Un perfil abultado, enhiesto... un yelmo por detrás la tierra que sostiene... los chasquis que unen el imperio... los soldados dispuestos a morir en un carro... arenas con esclavos de pelos negros... una película de la tarde... mantas púrpuras y cálices

(Pienso), una pista helada de patinaje... todo hielo y mujeres patinadoras con piernas color carne brillante y botas de pies largos y femeniles. (fémiles)
Una pierna que se hunde en la tierra una malla de media red que se está incrustando en la tierra las rueditas de los patines hacen surcos en imperios agrícolas... oscuridad agrícola de terrazas y granos... abonos a la tierra, y henos y olores a pastos... piernas mecánicas cortadas de aluminio brillante como próte-

sis femeninas que se hunden en un enjambre de langostas que abundan... abundancia de piernas recortadas en el horizonte... en un mañana por venir asegurado por la tierra que es del que la trabaja.

(Pienso), mamá murió y todo era un revuelo... y las bombachitas de mamá en medio de los malvones. No eran malvones escondidos en las bombachas de mamá. Eran las bombachas de mamá ahora muerta cubiertas por los malvones marchitos. Sepultadas en los malvones.

LA MUJER MADRE DEL CUELLO COMO.—
se despierta
Y en el sofá se desprecia por su desprecio.

El Padre
golpea fuerte su pecho
“Sin tos”,
dice
Y después dice
“A lo hecho, pecho”.

El Hijo no va al sofá. Tal vez esté mirando la bragueta de su pantalón mal abrochada. En ese caso, desviaría la vista hacia la ventana.

En el sofá, leves manchas de sangre.

La hebilla es de madera. De la misma madera que la puerta. Una especie rojiza de roble del bosque, donde aún viven. La mujer Madre recuerda un tiempo largo.

LA MUJER MADRE DEL CUELLO.—
recuerda...

Pobrecita
Ella misma eligió un día
una hora
Ni mañana ni tarde
Mediodía
eligió
Pobrecita
Ella misma y sola
Mediodía
“Se murió avezota,
Se murió avezota”
dijo mi Hijo, el nieto.
Así lo había escuchado decir.

Y así lo dijo.
 “Es triste”. Dijeron las mujeres de afuera
 Y la despegaron de la tierra.
 Las mujeres de afuera,
 que eran tres,
 fregaron las grietas de sus piernas.
 Las mujeres de afuera no dijeron
 “Las piernas tienen agujeros como cráteres”
 Ni dijeron:
 “Las venas están salidas y pegadas a la tierra”
 Ni dijeron:
 “Esto es un injerto de carne,
 Esto es un injerto”
 Las mujeres de afuera
 que eran tres
 en ese momento
 dijeron
 “Es triste”
 Y el nieto, mi hijo, volvió a decir
 apurado,
 y en baba
 sin revisar el cierre de la bragueta
 “Se murió avezota, se murió avezota”

Y nunca dijo
 “Es triste”

Más en la tarde
 se fueron escuchando voces
 Siempre mujeres de afuera que la conocían

LA MUJER MADRE DEL CUELLO.—
 sacude la cabeza tres veces
 Y dice

Las tres mujeres de afuera que de la tierra la despegaron
 traen una reposera
 la abren sobre la tierra
 me sientan
 y alrededor mío
 las tres,
 dicen

“Sufrió en su casamiento, pero hizo lo que se le pedía.
 Hasta hubo festejos”.

Así lo dicen
 Era una mujer grande, de cuerpo grande.
 Una mujer gorda.
 Las tres dicen que le dijo al marido,
 “Sin mudanza todavía. Eso se deja para lo último. Ahora tenemos otras prioridades”.
 “Y”, dicen, “se lo llevó a la cama”

Las tres se callan.
 Apoyan sus manos sobre mis pies
 Y sin descalzarme
 los presionan en la tierra removida

Y repiten mirándome,
 las tres próximas,
 “Y se lo llevó a la cama”
 Dicen,
 “Estuvieron, varios días allí.
 “Y después de una semana y después de otra”,
 y casi creo que dicen
 “de otra más”.
 “Tuvo una certeza: había un hijo ya en ella”.
 Dicen.

Y se tiran sobre la tierra boca arriba.

Entonces dicen,
 “Ella preparó las cosas del hombre”
 Dicen con precisión,
 “Las cosas que había consentido el hombre trajera”.
 “Y no hizo nada más”

Dicen
 “Preparó cinco pantalones, un perfume, un cepillo de ropa. Las cosas que consentió que el hombre trajera. Las dejó en el piso, a la derecha de la puerta de madera maciza del bosque. Y lo llamó”
 Repiten más bajo,
 “Y lo llamó”

Y me tienen derecha
 Y una abre los botones de mi vestido,
 Y lo baja
 Y señala mi cuello
 Y otra lo lustra
 Y otra trae una caja azul
 —Con una hebilla—

Y la saca
Y me pincha el cuello

Entonces dicen,
“El hombre cuando descansaba del amor, tallaba una hebilla para ella.
Durante las semanas que estuvieron juntos, talló una hebilla con las maderas del bosque y sus manos”.

Dicen
“Él estaba esperando que lo llamara y cuando ella lo llamó llevaba la hebilla en las manos”.
Y muy bajo dicen,

“Y ella lo llamó”.

Y me pinchan el cuello

“Lo llamó”, dicen “de una manera que el hombre supo”.
“Una manera por la que el hombre no pudo dudar que iba a escuchar la confirmación de su virilidad biológica. Que iba a saber de la condición de un amor que trasciende la carne, porque abre y corrompe esa carne amada...”

Y las otras dicen casi al unísono
Dicen excitadas,
Dicen y me espolean el cuello
Dicen a los saltos:
“Y de la gratitud... y de la promesa... y de la descendencia bienaventurada... y de la escritura rencorosa de –la herencia de– la sangre”.

Una se resbala y dice desde el piso
“De la leche de su leche”.

Así lo dicen y en ese momento lloran
Yo me dejo hacer
Con curiosidad y dolor
Me dejo hacer
Y me caen lágrimas
Y les tengo respeto
Y les doy las gracias
Y dejo sin resistencia casi
que me hundan los pies
que me claven el cuello
Y les tengo miedo
y siento deseos de escapar

Y ni una me dice al oído

Algo sobre mí
Sobre mí,
Nada
Sino que una me dice al oído
“Cuando el hombre llegó a ella. Cuando estaba ahí”.
Y otra me dice,
“Cuando estaba ahí para escuchar la promesa del llamado de su mujer...”
“Cuando estaba ahí,
Dicen las tres, cerca de mi oído
“El hombre baja la vista y ve:
Un atado con sus cinco pantalones planchados, su perfume y su cepillo de ropa”
Y después dice una alejándose un poco
“Ah y algunos de los regalos de casamiento:
Dos mantas de abrigo púrpuras,
Una caja azul con cubiertos
Una almohada de plumas blancas”.
Y otra dice:
“Y no el cuadro de la mujer con un corazón incrustado sobre el pecho izquierdo. Con un corazón que gotea, sangre o leche sobre la boca abierta de un hombre agarrado a las rodillas de la mujer, casi como saliéndose por abajo, de la pintura”.

“Todo al pie de la puerta de madera maciza del bosque”
Así exactamente me lo dicen.

Y yo les doy las gracias
Y pienso en morirme
En que me estoy muriendo
En que me voy a morir
–Sin ver una vez más a mi hijo–
Y quiero besarlas
Y me besan
Y me quedo quieta
Y quiero que terminen
Y me dan otro beso

Y dicen,
“La mujer lo mira y mira las cosas.
Tres veces”.
Yo pienso:
Lo mira y mira las cosas.
La mujer grande. De cuerpo grande.
Y siento que me chupan la sangre del cuello
Y realmente sé que me chupan la sangre con amor

Y yo no siento nada
 Nada más que deseos de irme
 Y pienso:
 Lo mira y mira las cosas.
 La mujer gorda
 Y dicen
 “Ni hizo falta tres veces”.
 Dicen
 “Ella solo dijo: La palabra es hembra. Y así será”.
 Dicen las tres
 “Así será”

Y todas a mi alrededor y dicen que,
 “El lloró pero no supo qué hacer ante aquella determinación desplegada”.

Y yo pienso en bajarme el vestido que me levantaron
 en las ganas de acomodarme la ropa
 en irme
 en salir de la reposera
 en que se bajen la ropa y se sacien rápidamente
 y me dejen
 Pero no les digo nada
 Les digo:
 Gracias
 Y les vuelvo a decir
 Gracias

Y dicen
 “Y se fue”. “El hombre se fue”

Dicen,
 “Así fue”

Y cuando se van
 Caigo al suelo
 y me levanto sola
 y me voy caminando despacio
 y miro a todos pensando si algo se nota
 y sonrío pensando que no

LA MUJER MADRE DEL CUELLO.—
 sonrío

El marido vuelve a marcar las tres.

La hebilla fue hecha por el esposo de la mujer, el padre de su marido, el abuelo del hijo. Tiene tallado la cabeza de una mujer con el pelo recogido. Un cuello muy largo. Un cuello que está por quebrarse en el próximo instante. Un cuello que avanza sobre la madera.

El Hijo se cae (posiblemente dormido), y aplasta con la cabeza el plato y lo rompe.
 Por un instante todos recuerdan lo mismo “Siempre el mismo babieca”
 El Hijo estaba mucho en babia o con la vista baja.
 El Hijo, en babia rompe el plato y saltan pedazos de astillas blancas que parecen incrustarse en la cabeza del Hijo. Que se hubieran incrustado.
 La Madre se arroja sobre el Hijo y lo zamarrea.
 El Padre, desde atrás abre la boca como para escupir.
 Gesto detenido de boca muy abierta.
 El Padre extiende la mano y trae a la Madre (su mujer), al sofá.
 Le sube la ropa o desea hacerlo. La mujer esquiva mirarlo. Se detiene en la ventana.

Detrás de la ventana se ve un bosque. Se ve el bosque que la mujer ve.
 En un primer plano, un criadero de patos.
 El Hijo queda solo en la mesa con la cabeza tomada al plato. La cabeza descansa.

En el bosque se escuchan ruidos de pasos. Pisadas de hombres que traen patos colgando. Los hombres de afuera dejan los patos colgando con la cabeza hacia abajo en la ventana.
 Los patos que cuelgan son hembras.
 Los cuellos de los patos siguen estirándose, inmóviles.

La mujer Madre apoya la cabeza sobre una almohada de plumas. La cabeza descansa.
 La almohada se descose y las plumas parecen clavarse al cuello de la mujer.

LA MUJER MADRE DEL.—
 piensa en silencio

Antes... lo que ya sabemos todos.
 Vos Avezota fuiste la primera.
 Vos Avezota fuiste la primera en arrodillarte a la tierra,
 y de allí te despegamos muerta.
 Muerta te despegamos, Mujer

Ahora tu hijo,
 El Padre,
 no quita los ojos al criadero

Dice
 “Siempre
 de chico
 agacharse y tirar la cabeza para atrás
 y mirar alto, el cielo
 como una catedral”
 Y dice que vos,
 Avezota
 vos su madre,
 mujer
 vos,
 Avezota
 decías:
 “Para que te quede claro
 Tu pequeñez quede claro”
 Y así
 todos los días
 “Tu pequeñez quede claro”
 Así todos los días
 Él agachado mirando el cielo
 Vos, Avezota,
 la mano fuerte en la nuca de tu hijo,
 no soltarlo,
 el pelo de él siempre para atrás.
 No soltarlo
 Así
 cada tarde
 en el criadero
 Mirar el cielo
 y sentir
 la pequeñez.
 Claro

EL PADRE.—
 sonrío a la mujer Madre del,
 Ambos piensan en silencio

Pensamiento de El Padre,
 la pequeñez.
 Claro
 Y hacerse cargo del bulto
 Y morir sin ver al hijo una vez más...
 Y hacerse cargo del bulto
 Claro
 La pequeñez

LA MUJER MADRE DEL.—
 sonrío sabiendo que nada se nota

El Padre vuelve a poner las tres.
 El Hijo recuerda las plumas. Abre la boca como para escupir. No escupe.
 Gesto detenido con la boca muy abierta.

La Madre se suelta el pelo. El pelo le cubre los hombros.
 Lanza atrás la cabeza y empieza a restregarse la hebilla por el cuello.
 La invierte, la toma por el broche sujetador.
 Una barra de metal con punta afilada.
 Y se la incrusta tres veces en el cuello. Con cada punción se estremece. Parece
 adormecerse lánguida.
 Sobreviene un ataque de hipo. Un hipo que la hace contraer.
 La cara del Padre se afila, se aflaca, la nariz se hace cada vez más huesuda. Un
 pico. El hombre todo es una erección irrefrenable desbordada. Una virilidad
 asustada.
 El Padre da vuelta la cabeza. El Hijo hace lo mismo.

En la ventana no cuelgan más los patos. Los patos que eran hembras.

La Madre no puede dejar su hipo. Un hipo brutal que le cierra la garganta.
 El Hijo desconcertado. Pide hora. El reloj no varía. (La Madre no se calla).

Entra una mujer gorda, cara de niña gorda, pelo finito, rodillas agrietadas.
 Grietas como de haber estado sujetas a la tierra.
 Delantal blanco.
 Grietas como de haber estado sujetas a la tierra.
 De la mano deforme por la artritis cuelga un pato.
 Idéntica forma al pato de la ventana.
 Un pato-hembra. Sin plumas. Cocido.
 Lo apoya en la mesa, le corta de una cuchillada la cabeza y la guarda en el bol-
 sillo del delantal. Corta tres rodajas y sirve una en cada plato. Se va.
 Lleva en su mano garra medio pato chorreando un jugo grasiento.

Todo el tiempo que la mujer cara de niña gorda permanece ante ellos, el Padre
 se tapa los ojos. Espiando entre los dedos huesudos. Parece desear agarrar a su
 mujer, apretarla.
 Pero le da miedo le vuelva el hipo.
 Cuando la mujer cara de niña lo mira. Tres veces. El Padre aparta la cabeza de
 un golpe.
 Siempre vuelven a ser las tres.
 El hijo come. Todos comen.

Una risa viene de afuera. La risa es de una mujer niña, o de una mujer que en cualquier caso tendría el cuerpo de una niña. De una niña gorda. Es una risa de mujer pariendo.

La Mujer Madre con el cuello goteando atrae al hombre hacia su pecho. Lo resguarda.
El Padre se escabulle y va a la ventana.
Por la ventana el Padre mira.

(Afuera). Una hilera de mujeres niñas empollando. Mujeres de cara de niñas gordas, pelo finito, con las rodillas hundidas a la tierra. Todas ríen. Con las rodillas hundidas en la tierra. Una risa que contraía sus gargantas.
Una risa que hace al Padre, la Mujer Madre y el Hijo, juntar las manos.
Los tres se levantan, tomados por las manos.
O son las manos las que se juntan y hacen que los tres se levanten.
Momento de máxima tensión.
Los tres se miran.
Se oyen aleteos, gritos, gorjeos, risas.
Ruidos de pichones recién nacidos.
Gritos de patos hembras descogotadas.
Gritos de patos hembras descogotadas recién nacidas.
Risas de mujeres niñas pegadas por las rodillas y las manos al barro donde paren huevos de patos.

LA MUJER GORDA DE LAS PIERNAS CON GRIETAS COMO DE HABER ESTADO SUJETA A LA TIERRA.—
repite una letanía
“La naturaleza nos acerca.
el sustento familiar, las hembras
Empollar y parir
(y morir
sin ver a la cría una vez más...)
la naturaleza nos acerca”

El Padre abre los brazos, corre chocándose con las paredes, rebota, cae sobre el sofá. Con el pico lo muerde, lo abre. Vuelan plumas, alas.
La Madre se lleva la mano al cuello, y le muestra al Hijo la palma ensangrentada.
El Hijo (medio en babia), le chupa la mano. Nuevo ataque de hipo de la madre.
El Hijo sigue en babia.
El Hijo también sigue chupándole el cuello, le clava astillas blancas que se confunden con las plumas que vuelan alrededor de ellos. La Madre se desvanece.
El Hijo cae sobre la Madre.
El Padre inmóvil, con los brazos abiertos, cubierto de plumas.

Entra la mujer vieja cara de niña delantal blanco. Se inicia una rigurosa limpieza.
El Padre se tira boca abajo en el sofá deshecho. La Madre y el Hijo quedan sentados a la mesa.
El Padre va hacia el reloj y se sienta con ellos.

LA MUJER MADRE.—
reza en silencio
Con voz llorosa....

Son las tres.